

Lola Salmerón

La fábula de
la Montaña Mágica

La fantástica aventura de Clara, Elsa, Iago
Kim y Álex contra el malvado Yermén

Los libros de Lola

© Lola Salmerón Galí

© Petit Camagroc, S. L. U.
Calle Doctor Trueta, 19, entresuelo 2ª
08860 Castelldefels (Barcelona)

© Ilustraciones: Salvador López

© Fotografía de la autora: Nuria Parellada Esquiús

© Diseño gráfico: underthecoconut
(info@underthecoconut.com)

—

Primera edición: febrero de 2017

Depósito legal: B-5203-2017

ISBN: 978-84-946785-8-5

Toda forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo la excepción prevista por la ley. Diríjase al editor si necesita fotocopiar o digitalizar algún fragmento de esta obra.

www.loslibrosdelola.es

Impreso en Ulzama Digital, S.L.

*A Clara, por permitirme ser niña cada día;
a Paco, por hacer posible este sueño;
a Salvador, por sus fantásticas ilustraciones;
y a Marta, simplemente por estar ahí*

Índice

Prefacio.	9
Agradecimientos	17
La montaña piramidal.	19
Andrina.	69
El príncipe de Calcidia	101
La despedida de Anás	129
El ataque de los yermos.	137
La desaparición de Yermén.	141
Un precioso legado.	155

Prefacio

Santa Claus se encontraba en el almacén de juguetes, montones de muñecas se apilaban unas con otras, todas tenían una sonrisa dibujada en la cara, se sentían emocionadas porque sabían que de un momento a otro estarían en los brazos de alguna niña, con sonrojados mofletes y peinadas, quizá, con dos largas trenzas, que las cuidarían y mimarían como sabían hacer las niñas humanas. Algunos robots mecánicos, con sensibles corazones, se enzarzaban entre ellos en un intento de entrenarse para cuando les llegara el momento y fueran a parar a las robustas manos de algún niño con ganas de interminables juegos bélicos. Un sinfín de balones multicolores rodaban inquietos, solo faltaba un día para que Santa Claus los dejara caer por alguna chimenea, botarían sin parar de lado a lado, impulsados por niños con una energía inagotable. Santa Claus rascaba su barba mientras pensaba cómo haría para hacer llegar todos esos juguetes a los miles de hogares que esperaban aquella noche tan mágica llena de regalos.

Llegó Boss, un duende saltarín con unas enormes y puntiagudas orejas verdes, vestía un peto granate lleno de cascabeles. Aquel tintineo al entrar sacó a Santa Claus de sus pensamientos.

—¿Qué tal está Reno Boss?

—El pronóstico no es muy esperanzador, el diagnóstico de nuestro curandero coincide con lo que

pensábamos. Reno tiene la patita rota, ahora la tiene entablillada y necesitará más de diez días para recuperarse.

—Con Reno lesionado y Renata con gripe va a ser imposible salir la noche de Navidad y repartir todos estos regalos. Si no se hubieran aficionado tanto al *snow-board* —dijo suspirando—. Es la primera vez que un contratiempo de este calibre nos va a impedir regalar ilusión.

—Eso es algo que no podemos permitirnos, Santa, llevo todo el día pensando y tengo una gran idea.

—Explícate, Boss, me siento muy cansado y soy incapaz de encontrar una solución.

—Sabes que me gusta mirar a través del telescopio.

—¡Cuántas veces te he dicho que no está bien espiar a los humanos!

—Bueno, bueno, no te enojas conmigo. La verdad es que me interesa mucho la vida que llevan las personas en la Tierra, corriendo de aquí para allá, durmiendo de noche, activos durante el día. Tienen prácticas realmente graciosas, si me dejaras que te explicase me entenderías.

—Ves al grano, duende charlatán, el tiempo se nos agota.

—Me sorprende el modo en que se trasladan de un lugar a otro. No tienen renos, ¿sabes? Dirigen unos vehículos a motor que viajan tres veces más rápido que nuestros renos. Pero no todos tienen esos extraños carros metálicos. A veces veo unos enormes camiones, así les llaman ellos, y hacen algo parecido a nosotros, reparten toneladas de mercancías, y las llevan desde un punto hasta el otro extremo del mundo en tan solo unas horas.

Santa Claus seguía rascando su barba cada vez más nervioso, no entendía toda aquella historia ante el problema en el que se encontraban.

—Sea como sea, tengo que acudir a uno de esos sitios y conseguir que repartan por nosotros esas montañas de juguetes.

—¿Ésa es tu idea? Me parece buena pero muy arriesgada, sabes que no podemos relacionarnos directamente con los humanos, es nuestra principal regla. Además, éste es un trabajo que no podría hacer cualquiera, necesitaríamos dar con una persona responsable, bondadosa con los niños, dispuesto a repartir algo más que regalos, alguien dispuesto a tender su mano a quien la necesite. Sabes que los humanos cada vez son más egoístas, dudo mucho que puedas dar con lo que necesitamos.

—Santa, ¿me vas a perdonar si te digo que ya tengo a esa persona? Un día me di un paseíto con Reno, cuando gran parte del mundo dormía bajo el manto oscuro de la luna, me atreví a acercarme más de lo permitido.

—¿Un paseíto dices? Sabía que tus ansias por fisgonear te harían traspasar el límite de lo permitido.

—Espera, escucha con atención. Llegué a un lugar atraído por aquellos enormes camiones. Entraban y salían de un gran almacén, en una de sus partes exteriores había un gran letrero iluminado en el que pude leer VAN EXPRESS, me acerqué un poco más para comprobar qué es lo que aquellos camiones transportaban, si repartían juguetes como nosotros. De allí dentro salían miles de juguetes plastificados, embalajes de alimentos para humanos, infinidad de cajas llenas de ropa, unos señores elegantemente uniformados se subían dentro de esos carruajes sobre ruedas y se encar-

gaban del transporte. En sus caras pude ver la ilusión, parecida a la nuestra, por llevar la carga a su destino. Quise acercarme todavía más.

—¿Todavía más, Boss? Creo que fuiste demasiado osado, si llegan a verte...

Aquel atrevido duende cortó a Santa Claus para continuar con su relato.

—Sí, me acerqué hasta llegar a una de sus ventanas, ahí me encontré con la persona que estamos buscando. Paco, le llamaban sus empleados, él les atendía con especial atención. Realizaba y recibía llamadas en las que hablaba de la mercancía, desde su mesa dirigía aquella empresa, su empresa.

»Por un momento pensé que me había descubierto, él miró hacia la ventana, pero el reflejo de aquel cartel luminoso disimulaba mi silueta a través del cristal. Yo sí pude verle el rostro, aquella mirada transparente me confirmaba que me encontraba ante una buena persona, ante alguien que aparte de ofrecer puestos de trabajo ofrecía ilusión, aquel lugar irradiaba ensueño por doquier.

—No hablemos más, no hay nada que me inspire más confianza que tu profunda intuición, aunque tu imprudencia podría habernos traído serios problemas. Voy a coger mis atuendos de humano común y me haré pasar por un mercader, a ver qué tal se me da. Es la única salida que encuentro para este desastre.

Así Santa Claus, transformándose en humano y utilizando su magia, se presentó en aquel almacén. Se plantó ante una enorme puerta que golpeó vigorosamente. La descripción que Boss le había hecho horas antes era exactamente la que ahora se encontró al abrirse aquella puerta.

—Buenas noches, siento decirle que nuestras oficinas ya están cerradas, yo mismo estaba a punto de salir.

—¡Oh! ¡Menudo desastre! Si usted no atiende mi encargo, yo caeré en una inevitable desesperación.

—No se preocupe, puede venir mañana por la mañana que yo mismo le atenderé personalmente.

—¿Mañana por la mañana? No, ya será demasiado tarde. Mañana por la noche mi cargamento de juguetes tiene que estar en su destino. Miles de niños los esperan con ilusión.

Santa Claus se giró cabizbajo y procedió a marcharse de allí, despidiéndose entre susurros.

—Espere, ¿ha dicho la ilusión de miles de niños? Yo reparto infinidad de cosas, pero la ilusión es mi especialidad, ¡pase! Ante todo mi filosofía es atender a todos mis clientes con una especial atención.

—No esperaba menos de usted, ya me habían hablado de su bondad.

Santa Claus le pidió un gran número de carrozas capaces de transportar miles de toneladas de juguetes.

—Qué graciosa su forma de llamar a mis camiones. Eso va a ser casi imposible, mañana, en vísperas de Navidad, casi todos mis empleados tienen el día libre, el resto estarán ocupados con algún porte importante.

Santa Claus se mostró abatido, miró a aquel hombre directamente a los ojos sin poder evitar que por sus mejillas resbalasen unas tímidas lágrimas. Aquel gesto conmovió profundamente a Paco, que llevaba años asegurándose de que en su empresa todo funcionase a la perfección, le encantaba ver a sus empleados realizando su trabajo con optimismo, y sobre todo nunca había dejado a un cliente descontento; su cargo le apa-

sionaba profundamente. Aquel hombre de rechoncho rostro, con las barbas más blancas que la propia nieve, le inspiraba una profunda ternura.

—Va a ser difícil pero lo intentaré.

Utilizó su teléfono durante casi una hora, llamaba a uno y otro empleado, a uno y otro repartidor. Anotaba en una libretita horarios, direcciones, hasta que por fin colgó el auricular.

—Creo que el tema está resuelto. Indíqueme donde quiere su carga.

Santa Claus se dio cuenta de que sería imposible pedirle que introdujera un par de regalos en todas las chimeneas que sobresalían de los tejados de prácticamente todo el mundo. Así que probó con pedir mucho menos que eso.

Sacó un mapa de su bolsillo, lo desplegó sobre la mesa y se dispuso a formar circulitos sobre diferentes ciudades.

—Quiero un camión en cada uno de estos puntos a las doce de la noche. Del resto nos encargaremos mi plantilla de duen..., ¡ay! —carraspeó disimulando—, de trabajadores.

—Me lo está poniendo muy difícil, pero los retos me entusiasman, a ver cómo puedo organizar y cuadrar las salidas con los camiones que tengo disponibles.

Aquel hombre de talante tranquilo, volvió a realizar anotaciones seguidas de varias llamadas.

—Pues ahora firmamos el contrato y listo.

Después de firmar varias hojas, con un garabato extraño, ya que no sabía ni lo que significaba la palabra firma, Santa Claus pensó el modo en que se las ingeniaría para pagarle con dinero humano, bueno, sabía que de eso podría encargarse Boss.

—No sabe lo que esto significa para mí, que sepa que gracias a usted ningún niño se quedará sin regalos el día de Navidad.

Paco presentía que había hecho una gran labor social, no era la primera vez que se encontraba ante una injusticia y defendía la causa, o que había apostado por la ilusión de alguien haciéndola realidad.

El empresario ofreció su mano a aquel personaje sorprendente, a cambio se encontró con un afectuoso abrazo que lo dejó sin palabras.

—Sabe, usted, me recuerda a alguien y no sabría decirle.

—Quizá nos hemos visto antes en algún lugar, tal vez en un rincón de su infancia, frente a la chimenea.

Paco sonrió, desde luego aquel hombre era peculiar, y se preguntó qué querría haber dicho con aquellas palabras.

Mientras lo veía marchar, sintió cierta melancolía, una especie de sensación que sentía desde hacía mucho tiempo. Allí parado tuvo una visión, le llegó un vago recuerdo de él frente al arbolito de Navidad que había adornado días antes junto a su hermana. La madrugada rozaba todos los hogares, y él se encontraba inmerso en sus pensamientos; en su mente había un deseo, y más que ningún regalo ansiaba ver a Santa Claus. El sueño lo invadía mientras pasaban los minutos y los ojos se le cerraban, su cabeza ladeada se posó en su hombro sin ser consciente de que se dormía ahí, con las piernas cruzadas sobre el suelo. Algo le hizo despertar, miró hacia la chimenea y vio una figura dejando unos regalos, se frotó los ojos vigorosamente y volvió a fijar la vista, ahí estaba Santa Claus. Su cara fue de sorpresa al ser descubierto, sin dudarle le guiñó

un ojo y le dedicó una sonrisa cómplice; se marchó por la chimenea tan rápido que a Paco no le dio tiempo a reaccionar.

En ese momento fue consciente de que aquello no lo había soñado, ni era un pensamiento surgido de su imaginación, aquel recuerdo era real, estaba completamente seguro de que aquello le había sucedido hacía muchos años, pero el tiempo se había encargado de desdibujarlo en su mente.

Supo entonces que aquel con el que acababa de cerrar un trato, no era ni más ni menos que el mismo Santa Claus. Se sintió afortunado por haberse encontrado en su vida con aquel entrañable personaje en dos ocasiones, y feliz al ser consciente de que aquella Navidad, de alguna forma, él y sus empleados iban a ser partícipes de una de las noches más mágicas para los niños.



Agradecimientos

La lectura es algo excepcional. Quien es capaz de escribir transmite arte modelado entre líneas. Quien se interesa por lo escrito abre su corazón a un nivel indescriptible. El proceso es largo y bonito, desde que surge la idea, hasta el acabado final. Muchas manos han hecho real este libro, no solo las mías, pincelando la historia; otras manos le han dado forma a la cubierta, al diseño interior y demás. Mil gracias a Bernat Peso, que desinteresadamente y disfrutando al hacerlo lo ha logrado.

Importante es la imaginación, con las letras podemos visualizar un sinfín de imágenes, cada lector se encargará de ello, la creatividad de Salvador López ha conseguido representar diferentes escenas de forma especial. Agradecida y encantada también por su labor.

Francisco Martín Rodríguez es propietario y gerente de la empresa Van Express, con su perseverancia y dedicación no solo ha creado puestos de trabajo, ha sabido establecer un entorno comprometido hacia los demás, tanto en su vida personal como profesional. Su esencia solidaria y una actitud de tolerancia para con todos han conseguido que su empresa sea tan válida como lo es su persona.

Van Express es el fruto de una constante entrega, que funciona abriendo caminos y oportunidades. No solo viaja a través del mundo, ahora su mirada quiere traspasar fronteras, creando una fundación de carác-

ter social, ofreciendo ayuda a personas y entidades en situación de riesgo.

La Fábula de la Montaña Mágica es un relato repleto de encanto, donde descubriremos otro modo de vida en el que habitan seres fantásticos. Esta historia ve la luz gracias al empeño de Francisco Martín y a la intención de Van Expres. Su confianza en mi libro y su deseo por crear ilusión lo han hecho posible.

Eso es algo que yo le voy a agradecer eternamente, no quiero dejar de mencionar a la persona que le acompaña en su vida, Marta Rocher Sotoca, mi amiga del alma.

